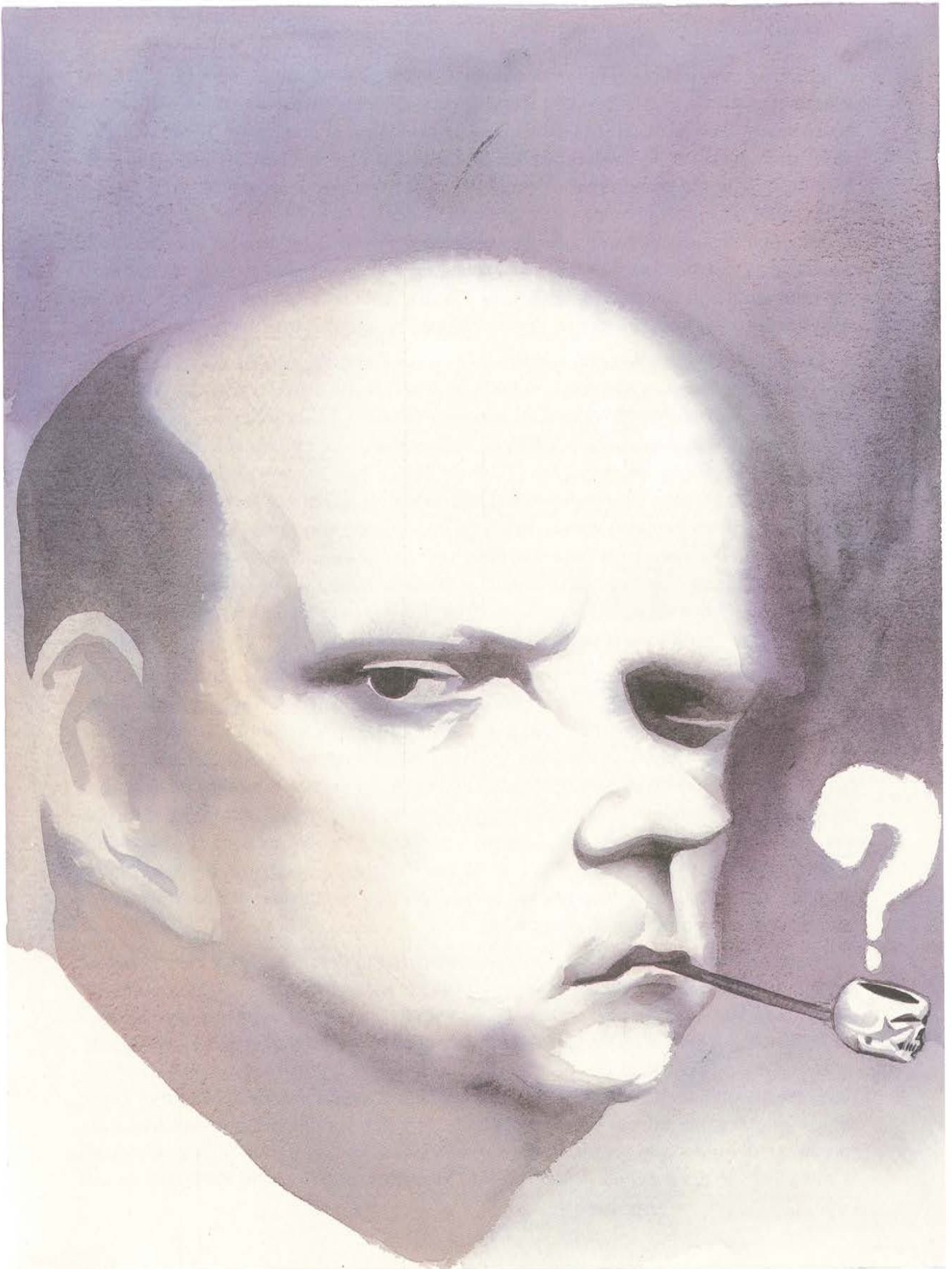


MIGUEL LABORDETA, EL ORANGUTÁN CELESTE

M

iguel Labordeta Subías fue una criatura desterrada en la tierra. Un orangután celeste que se extraviaba, sediento de amor, entre el lento sestar de los tranvías. Desde la adolescencia tuvo claro que la vida no es buena ni noble ni sagrada. Hasta entonces, había vivido una niñez casi exultante. Era el hijo primogénito de un matrimonio joven y atípico. El padre era latinista, traductor de Horacio, republicano y gran pedagogo. Poseía una magnífica biblioteca de textos clásicos, presumía de ser un buen lector y su carácter se inclinaba hacia el ceremonial y la actividad política incesante. Su madre tenía un talante enérgico y emprendedor, y procedía de una estirpe mitológica de las estepas de Belchite y Letux, donde el viento apelmaza el paisaje a manotazos y la tierra parece un viejo planeta de lagartos. Consideraba a su primer vástago como un príncipe destronado.

Y en cierto modo lo fue. El muchacho nació y creció en el destartalado palacio de los Gabarda, en las inmediaciones del Mercado Central. El edificio, de cinco plantas, era como una auténtica casa encantada, que hacía a la vez de domicilio familiar y de internado para estudiantes. Entre sus paredes y el grosor inabarcable de sus muros, Miguel presintió la existencia de ángeles subterráneos y de buzos ciegos que llegaban desde el río por galerías intransitables. Estaba repleto de miradores a la calle, de bodegas y desvanes oscuros, de dependencias siniestras llenas de camastros y literas, y de corredores interminables de sombra, adornados aquí y allá con láminas y cuadros. Al amanecer resonaban las cajas de fruta y de pescado y el aullido incesante de los verduleros; por la tarde, cuando declinaba el día, el barrendero Calixto barría los despojos, los restos de coles y lechugas, las manzanas podridas y los espinazos de merluza. El caserón se ubicaba en una zona nítidamente fronteriza: hacia abajo estaban las callejas angostas de San Pablo y Casta Álvarez; las tiendas campesinas de las arcadas, repletas de horcas, de aperos y de semillas; los prostíbulos, las tabernas tau-rinas y las zapaterías. Y al otro lado, comenzaba la ciudad burguesa de sacerdotes,



abogados y catedráticos de griego. Más allá, estaban las torres de las catedrales, los tejados parduzcos, el río Ebro con su pasarela y aquellas barcas de paseo, y los árboles frondosos de la orilla. Los domingos iba al fútbol al campo de Torrero y a los cines de butacones de madera, en los que el más hermoso beso de amor era interrumpido de golpe por un reguero imprevisto de orines que descendía hacia la pantalla desde un sillón próximo, aunque su afición indiscutible era el balompié y el cancerbero Ricardo Zamora, uno de sus héroes predilectos. Miguel era revoltoso, provocador y obstinado. Su progenitor relató en alguna ocasión su falta de entusiasmo educativo con una anécdota curiosa. Un día, avanzada la tarde, descubrió entre sus papeles un texto escueto que decía: «Zamora mal, y mañana lunes».

La infancia no era sólo la morada caduca de los Gabarda, aquel palacio situado en zona de nadie, sino sus estancias en Fuendetodos, donde asistía a corridas de toros y visitaba la casa natal de Goya, o sus viajes por Belchite, Letux y Azuara, poblaciones en las que pasaba una buena porción de los veranos. Allí, en contacto con los terrenos calcinados o con las pequeñas zonas de vega y huerta, descubría la genealogía fabulosa de los Subías. Supo que en aquella geografía se habían asentado unos antepasados tejedores y que su abuelo había galopado entre senderos y haciendas ajenas con la misión de recaudar impuestos, hasta que fue desterrado a un pequeño pueblo de Teruel. El personaje más increíble era su abuela materna, una dama valerosa que presumía de haber sobrevivido a cuatro maridos y que recorría los áridos llanos de Los Monegros vendiendo mercancías de contrabando.

La adolescencia fue un corte brusco con la felicidad. Era como si una navaja invisible le sajase los ojos y las arterias secretas del corazón. Todo iba a cambiar de un modo incomprendible. Apenas contaba quince años cuando estalló la Guerra Civil, pero el pánico se quedó a vivir entre los barracones y las naves desoladas de arriba. Un día, un batallón de la policía armada, apareció por la casa e intentó llevarse a su padre, pero en el último momento la intercesión de unos antiguos alumnos del colegio, ahora militantes falangistas, le salvó la vida. Algún tiempo después, desde un ventanal de arriba, Miguel asistió a una escena dantesca: el comandante Sist, antaño profesor en el colegio y dirigente de las Juventudes Socialistas, fue abatido a tiros cuando intentaba huir por los tejados.

Lo más extraordinario estaba por llegar: la aparición del tío Donato. Parecía ser un auténtico resucitado de guerra. Sus aventuras eran inverosímiles. Tras haber sido abandonado en la frontera de Valencia, sorteando enemigos, trincheras y pelotones de fusilamiento, fue capaz de llegar clandestinamente a Zaragoza, cuando todos pensaban que languidecía al pie de alguna colina con el cuerpo acribillado. Durante noches espeluznantes, Miguel oía sus relatos. El tío Donato, hundido allá en el fondo de los jergones, contaba la batalla de Teruel, la voladura del antiguo Seminario, las tormentas de nieve que sepultaban a los milicianos, los fogonazos lejanos e incluso la presencia de tipos extraños como Ernest Hemingway o la de un fotógrafo de ori-

gen húngaro, que ignoraba el peligro y las asechanzas de la muerte y se hacía llamar Robert Capa. No sólo lo conmovían sus narraciones. Cada día más, la casa se transformaba en un sanatorio de huérfanos de guerra. De pronto, llegaban familiares y allegados de Belchite huyendo de los bombardeos y del rencor; más tarde, solicitaban clemencia y refugio los hambrientos, los forajidos, los perseguidos, los cobardes, los amigos, los enemigos del fascismo, y todos buscaban acomodo en las estancias destartaladas. A menudo, el espanto adquiría formas sutiles y perversas: de vez en cuando, los jóvenes falangistas, vigorosos y rubios, le contaban a su padre que en la noche anterior, en las escombreras de Torrero o entre los abrojos y los pinos, habían fusilado a más de una veintena de hombres cuya sangre derramada buscaba el cauce mugriento del Huerva y del Canal Imperial. Nadie podía parar aquella carnicería y, por vez primera, Miguel Labordeta se vio a sí mismo huérfano de cualquier paraíso, en aquel caserón desolado donde la vida era sólo una costilla de la muerte y la esperanza un pulmón malherido, encharcado de pólvora.

Intentó redimirse en la Universidad. Quiso ser alguien y estudió para convertirse en catedrático o en un licenciado envidiable. Se trasladó a Madrid para realizar el doctorado, pero pronto se desencantó. Comprendió que carecía de ambición y de método, y apostó decididamente por la poesía. En un poema inolvidable, *Recordatorio*, reconstruyó sus días en la capital: sus paseos por el Prado, sus noches en los cines, en los bares y en las calles, rodeado de chicas hermosas que le importaban un pito; recordó sus tardes de lectura en la Biblioteca Nacional y en el Ateneo, su nostalgia doliente de uno de sus escasos amores, Berlingtonia, y su definitiva renuncia a ser un *doctor barbudo*. Conoció a grandes poetas, leyó incansablemente a Walt Whitman, a Neruda, a Juan Ramón Jiménez, al Lorca de *Poeta en Nueva York* y *Diván del Tamarit*, y frecuentó a los Postistas, encabezados por Carlos Edmundo de Ory. Pero irremediabilmente volvió a Zaragoza: «Me vomité de nuevo en la zaragozana gusana». De nuevo y para siempre. Jamás abandonará su ciudad natal, que se convertirá en su tumba, en su exilio y en su purgatorio de amargura.

Comenzó a dar clases en el colegio familiar y se volcó decididamente en su obra poética. Debutó con un libro incomparable y sugestivo, que rompía con la estética abotargada de la revista *Escorial*. *Sumido 25* apareció en 1948 en una época en que la cultura española estaba yerta como una paloma degollada. El volumen se abría con el poema *Espejo* y con este verso premonitorio: «Dime, Miguel, ¿quién eres tú?». La línea del libro ya estaba sugerida: el hombre desposeído del edén de la niñez y con el dedo tembloroso de la memoria vuelto un albatros de ceniza, se interrogaba acerca de sí mismo e intentaba descifrar el misterio de su identidad ultrajada. Como si fuese un huésped de las tinieblas, iniciaba la aventura existencialista de la búsqueda del ser y lo hacía con un lenguaje caudaloso que participaba del desorden y de la desmesura surrealista. Poseía una imaginación poderosa, hondura y estremecimiento. El paisaje del libro era desolador: España era entonces una ciénaga imposible, un odre de sangre emponzoñada. Su hermano José Antonio Labordeta lo definió como

«un alegato contra la ruina de un país». El volumen cosechó críticas entusiastas, aunque fue acusado desde distintos lugares de ausencia de sentimiento y de un verbalismo excesivo, pero nadie pudo negar que ahí ya se anticipaba esa alianza indisoluble entre su biografía secreta y la metáfora deslumbrante del surrealismo que caracterizará toda su producción. No obstante, el gran defensor de *Sumido 25* fue Francisco Ynduráin, frente a los consejos nefandos de José Camón Aznar que recomendó al catedrático Don Miguel Labordeta que confinase los ejemplares en el desván para que nadie viese tamaño despropósito.

Poco a poco, Miguel Labordeta fue abriéndose camino en la nueva poesía española. Su lírica era difícil e innovadora. Para unos era pura metafísica, para otros existencialista y desolada, surrealista en sus imágenes y en su vigor torrencial. Ni se desposaba con la poesía pura, ni con la poesía popular, sino que, sin menoscabar la olvidada muchedumbre de peones mortales, optaba por la senda de la vanguardia desde la convicción de que en ella estaba el manantial verdadero. Es decir: la poesía revolucionaria. Nuevos textos como *Violento idílico* (1949) y *Transeúnte central* (1950), a los que hay que agregar su pieza dramática *Oficina de Horizonte* (1955) —«Un poema puesto en pie», como la calificó el poeta y editor Julio Antonio Gómez—, alimentaron una trayectoria incomparable y sellaron una evolución coherente en la que no sólo importaba el yo, la conciencia desgarrada de un hombre solidario, sino el entorno, el pesimismo circundante, el amor imposible, la protesta contra la sociedad burguesa de posguerra y contra Dios, la imprecación exasperada. No obstante, Miguel Labordeta no descendió jamás al ejercicio esquemático de la poesía social y armó su escritura de una sátira y de un sentido del humor seco y relampagueante que no excluía la burla, la ironía o la autoparodia. Creó personajes emblemáticos, un cosmos de alcance barroco y romántico a la vez y no abandonó en ningún instante ni la orfebrería surrealista ni la intencionalidad metafísica. La década de los 50 a los 60 marcó una nueva inflexión en su existencia. Tuvo que hacerse cargo de la dirección del Colegio del Buen Pastor, tras la muerte de su padre en 1953 —cuyo magisterio estuvo rodeado de obstáculos: Don Miguel era acusado por las autoridades de «comunista, ateo y masón»—, y se erigió en el gran pontífice de la poesía en Aragón desde la tertulia del café Niké. Alumbró la OPI (Oficina Poética Internacional), fundó la revista escolar *Samprasarana*, colaboró con la avanzadilla cultural de la ciudad en literatura y artes plásticas con Pepe Alcrudo y el grupo *Pórtico*, y editó otra publicación imprescindible, *Despacho literario*. En 1961, publicó en San Sebastián el volumen *Epilírica*, un texto que llegó con casi una década de retraso y que contenía algunos de sus mejores poemas como *Salutación al pueblo en primavera*, un himno demoledor, y *Un hombre de treinta años pide la palabra*, composición que provocó una auténtica conmoción popular cuando la recitó a través de las ondas radiofónicas Pedro Dicenta.

Sin embargo, el libro en sí mismo y quizá la propia ciudad, le provocaron una cierta sensación de fracaso. Las dos representaciones de *Oficina de horizonte* pasa-

ron desapercibidas, y el poeta empezaba a perder el frenesí desbocado de sus primeros momentos, aquel gesto feroz del subconsciente que estaba cargado de humanidad y de iconoclastia. Por otra parte, la pasión jamás se había acercado a su puerta y, aunque era joven y mantenía una intensa correspondencia con los grandes autores del país, una inconfesa desesperanza se había adueñado de él. Se enamoró fugaz y platónicamente de una joven alumna, pero tampoco le correspondió. En los últimos años se recluyó más que nunca en su cuarto sombrío invadido de libros dedicados, de novela americana, de manuales de historia y de tomos de psicoanálisis. Era un bohemio interior, un prófugo de la realidad asomado al balcón de su propia locura o quizá un ángel huracanado, abandonado para siempre por sus dioses. Su situación personal se agravó cuando la burocracia oficial del régimen descargó sus iras contra el Colegio del Buen Pastor y colocó a la saga Labordeta al borde del abismo.

Miguel aún tuvo arrestos para viajar por el Maestrazgo y por Albarracín, e iba a visitar a Teruel a su hermano José Antonio. El cantautor ha recordado que cada año visitaba a su familia por San Valero y que disfrutaba más que nunca con Mallarmé, Juan Ramón Jiménez y Fernando Pessoa, aunque también estaba muy interesado en Freud, en Jung y en la poesía visual. Pero lo más grave era otra cosa: «Miguel sentía, cada vez más, una enorme vocación de muerto», declaró José Antonio. Y no tardó en despedirse. Eligió una hora apacible del primer día de agosto de 1969 para alcanzar la otra orilla. Tenía 48 años y una prisa infinita por huir, por fin, a las sagradas colinas junto al mar inmensamente nuevo a leer a sus poetas chinos preferidos. 